

Julio Ramón Ribeyro

El escritor de la gente

por Marcelo Luján
para *Atlas de la literatura latinoamericana*
Nórdica libros, Madrid, 2022

Julio Ramón Ribeyro murió escribiendo un cuento. Se trata de un cuento que dejó inédito y todos los cuentistas sabemos que un cuento que todavía no damos a conocer es un cuento inacabado, una historia con la que todavía peleamos y nos debatimos, aun teniendo ese clavito que en gramática llaman punto final. El cuento que dejó inédito se titula «Surf» y el componente autobiográfico lo atraviesa de pleno como la luz que nos atraviesa —dicen, de pleno— al morir. Tiene sentido que un cuentista muera escribiendo un cuento y tiene sentido que un cuentista utilice su género más amado para hablar, por última vez y para siempre, de cosas suyas. Ribeyro escribió novela, teatro, ensayo, textos que exceden cualquier clasificación genérica («Prosas apátridas» es una verdadera joya), textos epistolares de relieve exquisito y un diario, «La tentación del fracaso», donde podemos disfrutarlo con minuciosidad, desnudo y brillante, hablando como creador. Pero por sobre todas las cosas era cuentista y murió —no podía ser de otra manera— escribiendo un cuento. Tiene sentido.

Quiero que con esta breve y poco enciclopédica nota busquen y lean y se sumerjan en la obra de Julio Ramón Ribeyro, en su universo único y lleno de humanidad, de compromiso, y en su pluma privilegiada que sabe mostrar la tristeza de los individuos desde los prismas más opuestos y esclarecedores. En Ribeyro hay humor y hay crítica y hay singularidad, con personajes postergados pero que siempre tienen un sueño ahí delante,

un sueño que para ellos es enorme aunque para el resto del mundo no sea nada, un sueño que parece cercano y posible pero que siempre acaba desintegrándose.

A mí me pasa que leer a Ribeyro es como volver al barrio, es decir a nuestra esencia y a nuestras raíces y por qué no al último recoveco de eso que llamamos corazón y que no es exactamente el corazón. Futbolero y generoso, sencillo en el mejor sentido de esta acepción, hay algo de desarraigo en su literatura, en su discurso —muy visible en muchísimos de sus cuentos—, como si los años en el extranjero rasgaran, también, la composición de las ficciones.

Si retrocediéramos medio siglo desde aquel último cuento y nos fijáramos en el primero que publicó, «La vida gris», veríamos que narra todo lo que no habría de querer para su propia vida, una vida que en ese momento y con veintiún años, tenía por delante. Utilizar el género —que seguramente ya amaba— para edificar esa suerte de oráculo que dice no hagas esto, no vivas así, sé libre y sé hermoso y nunca seas gris. Esto también tiene sentido.

Algunos cuentos que nadie debería dejar de leer: «Por las azoteas», «Silvio en El Rosedal», «La molicie», «Dirección equivocada», el retrato bestial que hace de la pobreza en «Los gallinazos sin plumas», o «Ridder y el pisapapeles», un texto significativo que demuestra y confirma cómo se puede aprovechar el naturalismo para dar ese notable giro final que deja el lector contra las cuerdas de lo fantástico.

Julio Ramón Ribeyro fue un escritor que dio la cara, un escritor con conciencia de clase, un escritor de la gente, un escritor con la valía suficiente para sobrevivir a la ceguera mercantilista del Boom. Un tipo corriente que cuando le preguntaron cuál había sido su mayor logro dijo que ese logro había sido poder hacer lo que más le gustaba en la vida: escribir.

Cuando corra todavía más arena en el tiempo de los relojes, cuando nuevas generaciones lectoras se acerquen a la obra de Ribeyro, observarán cómo el humo de un cigarro sube desde esa mano hasta esa boca, y verán un santito que de cerca es San Martín de Porras, y sentirán la brisa soplando en un balcón de Miraflores. Y entonces ahí estará él, junto a la encantadora marginalidad de sus personajes, tan flaco y tan sonriente, siempre cerca de los acantilados.